



EXCMA. SRA. D.^ª CARMEN CONDE ABELLÁN

Carmen Conde Abellán

(1907-1996)

La Excelentísima Señora D.^a Carmen Conde Abellán, nacida en Cartagena el 15 de agosto de 1907 y, según ella misma nos dice, a las diez y cuarto de la noche de un jueves, día de la Asunción de la Virgen, fallecía a poco de comenzar el año en curso, tal como comunicó el Señor Director en la segunda sesión plenaria, según es preceptivo, del jueves 11 de enero de 1996. Electa para la silla K (mayúscula) el 9 de febrero de 1978, tomaba posesión el 28 de enero de 1979.

Lema de su discurso de ingreso: *Poesía ante el tiempo y la inmortalidad* —anotemos este título que mucho nos va a decir si pretendemos, como es mi intento, trazar un retrato psicológico de nuestra compañera desaparecida—. A ese discurso contestó Guillermo Díaz Plaja, que, pariente de mis parientes los Plaja de Gerona, fue asimismo un muy querido colega. Ocupó Carmen, con todo merecimiento, su sillón académico, gloria que, como señala la profesora Pilar Palomo en el artículo que dedicó a Carmen Conde en *Alfa y Omega* de 13 de enero de este año, no alcanzaron otras insignes escritoras españolas, entre ellas nada menos que Emilia Pardo Bazán.

La ceremonia de su ingreso estuvo presidida por Sus Majestades Don Juan Carlos I y Doña Sofía, siempre tan sensibles y atentos a su función regia y al pulso cultural de nuestra Patria. Era una delicada atención hacia la única mujer hasta entonces admitida en nuestra Academia, la que había escrito (párrafo fechado el 12 de marzo de 1976), en otro título muy significativo —*El tiempo es un río lentísimo de fuego* (Barcelona, Ediciones 29, 1978)—: “Pobre tierra ¡quedándose con madres sin sus hijos! Pobre tierra acezada por el Odio, ¡desventurada tierra mía!

Señor Director, Señores Académicos:

Los datos que acabo de transcribir sobre el currículo de Carmen Conde se pueden encontrar, obviamente, en el Anuario de nuestra Academia o en la prensa y otras muchas publicaciones. Se repetirán en el futuro en cualquier manual de literatura española, pero resultaban necesarios para enmarcar el perfil psicológico de Carmen Conde que pretendo desarrollar.

No pueden rehuirse los deberes ni los cargos, que algunas veces son cargas, si nos atenemos a las disposiciones de nuestros Estatutos y Reglamento; por deber, pues, cumplo con la para mí honrosa orden de nuestro Director; pero también me impulsa a ello el considerarla como un sentido homenaje a la que se sentó entre nosotros Excm.a Sra. D.^a Carmen Conde Abellán, mi amiga, nuestra amiga, Carmen.

Sin duda esa amistad que me unió a ella ha pesado en el ánimo de la Academia y se ha antepuesto a otra consideración importante, a saber, mi absoluta incapacidad e impericia para considerar la obra literaria y la poesía de Carmen Conde bajo un mínimo prisma crítico. Otros lo harán y algunos ya lo han hecho, entre ellos no cabe olvidar a Vicente Aleixandre, a Dámaso Alonso, a Manuel Alvar, entre otros grandes maestros que se han ocupado de esa labor. Y en esta nómina sería injusto dejar en la sombra a estudiosos

de la obra poética carmencondiana, como Miguel Dolç, y a mujeres admiradoras de la poetisa, como son la ya citada Pilar Palomo, Susana March y Rosario Hiriart. Las tres profesoras han dedicado esfuerzos notables para analizar y editar, en especial las dos últimas —en muchos casos para resucitar o rescatar del olvido— textos y escritos, a veces simples cuartillas, con pensamientos y expresiones que nos permiten reconstruir el sentir de Carmen en su recóndita intimidad.

De esa intimidad, avalada por el conocimiento que tuve de ella a través de nuestras conversaciones, debo destacar los desgarros anímicos que le produjeron las desapariciones sucesivas de seres queridos, el padre (1933); la única hija, nacida muerta (1934); el marido tan amado, colaborador y poeta también, Antonio Oliver Belmás, que falleció en 1968, y su madre adorada, que la había dejado a comienzos de esa misma triste década (1960), no menos trágica sentimentalmente que la de los años treinta, en los que ve, además, la guerra civil, que la marca para siempre y de manera muy profunda, dada la sensibilidad exacerbada de la escritora.

[En el libro *Mientras los hombres mueren*, publicado en Milán (Instituto Editorial Cisalpino) en 1953, pero escritos muchos de sus fragmentos entre 1938 y 1939, se lee, sin duda de este último año: “XXIII. Ahora que los hombres han depuesto las armas, ahora que se llaman hermanos y que los vencedores empiezan a hablar de perdón y de olvido, ¿qué piensas tú, MADRE? Madre, que vas de negro, allá y acá de la Patria, ¿qué sientes en tu cuerpo de cuna, en tus pechos secos y quemados de arrasante angustia?”]

Debe ser destacada también su ternura hacia los niños, para quienes escribió mucha literatura infantil. Ya se dirá algo de ello.

[Del mismo libro anterior, en un fragmento titulado *A los niños que mueren en la guerra* dedica estas palabras que a ella la han desgarrado desde mucho an-

tes: “¡Si las madres alzarán a sus hijos como teas de alegría! ¡Si las que llevan hijos dentro señalarán sus vientres donde sangres felices se mueven! ¡Si las mujeres oyeran el clamor de sus entrañas, acabarían las guerras! Porque todos los hombres que caen muertos, y las mujeres que acribilla la metralla, ¡han dado su hijo, que llora y sangra en la guerra!”]

Y, sobre todo y ante todo, sobresale su angustia vital —amor, muerte-noche, tiempo-inmortalidad (no se olviden las palabras-clave de su discurso académico)—. Esa angustia proviene en mi sentir de su inseguridad innata y de su pesimismo. Lo veremos con algún pormenor, pero deseo destacar un poso triste del libro *Mi fin en el viento*, publicado en la Colección de poesía Adonais (Madrid, 1947):

“CONFORMIDAD:

¡Cuánto, Señor, te debo por todos los momentos
en que pudiste hacerme sufrir y no lo hiciste!
Las horas del dolor suman tiempos tan lentos
que más que por la edad se envejece por triste.”

Mis líneas, pues, serán así, sobre todo, el producto de reflexiones nacidas de lo que hablé con Carmen y, en cierto modo también, un ensayo para ahondar en su psicología, tarea nada fácil habida cuenta la natural timidez y retraimiento de tan destacada compañera.

Desde que supe que tendría que escribir de Carmen Conde Abellán me he esforzado en revivir mis múltiples aunque dispersas y en apariencia inconexas conversaciones con ella; como se dice ahora tan a menudo, he intentado “mentalizarme”. (Y, de pasada, insigne estupidez eso de mentalizarse en lugar de preocuparse por un asunto, ¡como si la mente no estuviera siempre en funcionamiento, consciente e inconsciente, en sueños o en desvelos, para elaborar la propia trama vital con nuestros proyectos y nuestros arrepentimientos!)

Y he demorado mis tentativas de escritura hasta las pasadas vacaciones, para llegarme entonces a Navacerrada. Allí, en días primaverales más bien fresquitos, he recorrido sus calles bien aireadas por las brisas que bajan de los picos cercanos, la Maliciosa, la Bola del Mundo, nevados ¡al fin! este año después de muchos. Llego hasta 'Brocal', parónimo con el que bautizó Eulalia Ruiz de Clavijo su chalé del pueblo, en recuerdo del primer libro (1929) que, con pocos más de veinteaños, lanzó a Carmen Conde hacia la fama.

Rememoro la primera visita a Carmen, verano de 1981, a poco de mi elección para la Academia. La vivienda queda en un entrante a modo de placita, con una fuente y un olmo, que es de los pocos que se han salvado de la epidemia de grafiosis. Había una cancela rústica muy bonita. Al fondo del jardín, bajo un emparrado, acomodada entre libros, me recibió Carmen —con quien anteriormente sólo me había comunicado por carta o por teléfono—; ese día pude hablar con ella largo y tendido. Luego allí mismo, en 'Brocal', o más brevemente en la Academia, tuve ocasiones para nuevas charlas. En mi reciente visita de ahora veo la casa en su rincón del barrio de La Fragua aledaño a la Colonia de la Iglesia, con su ambiente siempre algo melancólico, en su mismo entrante con la fuente. Un poco más allá la Maliciosa y la Bola del Mundo enviándonos sus airecillos serranos.

Pero la grácil cancela de antaño ha sido sustituida por una sólida verja de hierro, sin estilo, pero indudablemente más segura para estos tiempos. La casa lleva años desocupada. Su dueña, Eulalia Ruiz de Clavijo, Amanda, viuda de Cayetano Alcázar, y Carmen, que compartía allí con esas amigas sus ocios veraniegos, ya no están.

Vuelvo cabizbajo a mi apartamento, a mi cuarto de trabajo, y empiezo la redacción. Se agolpan recuerdos, los numerosos comentarios que Carmen me hiciera desde 1982 hasta 1987, y sus juicios sobre amigos y cole-

gas —agudos y certeros, nunca acres o mal intencionados—. Y su trasparente sentimentalismo a poco que se bucee en su obra. Es curioso cómo nuestro inconsciente funciona para encontrar coincidencias con unas personas determinadas. Me doy cuenta de que Carmen, que vivirá su infancia y juventud en la luminosidad mediterránea, hija de padre con ascendencia gallega y madre murciana, tiene conmigo ese punto de simpatía cuando sabe de mi ascendencia paterna gallega y materna mallorquina y de mi niñez primera en Tarragona y en otros puntos del Mediterráneo, tantas veces recontrados. De ahí muchas conversaciones con ella, que luego confronto con mis propias vivencias y puedo analizar penetrando más allá de la corteza, de la mera formalidad de su escritura poética, para llegar al núcleo de la cuestión, al meollo psicológico.

Algún detalle se merece esto. Carmen Conde es hija única y tiene una sola hija, que nace muerta, de ese dolor no curará jamás; lo califica duramente de “fracaso”, y a ésta va unida otra honda pena, la pérdida del padre; con la de la madre compondrán una trilogía desolada, ya lo vimos más arriba, que ella va a cantar en un librito de edición propia (Madrid, 1962) que titula *Su voz le doy a la noche*. Allí nos dice:

“Muchísimas palabras no se pronuncian nunca
.....

Existen dos palabras que fueron siempre mías,
y una más que, siéndolo, jamás llegué a decir:
son *padre, madre e hija*...

Tres palabras aquellas que no me pertenecen,
que me han abandonado,
dejándome en el mundo con la muerte delante.”

Ese sentimiento dolorido incrementa su fragilidad, pero viene de una melancolía innata —¿la “saudade” galaica heredada por vía paterna?, si bien no hay que olvidar que con la luminosidad levantina, v.gr., en Ga-

briel Miró, que tanto influyó en Carmen Conde, se produce a veces esa tristeza del cielo que de puro luminoso parece a veces blanco—. Un freudiano lo vería en el análisis de los títulos que la autora elige, ya se ha dicho antes, pero singularmente en los de la primera obra, *Brocal*, y de la última, *Cráter*. En ambos se evoca una sima abierta en la tierra, la una lleva al agua, a la vida, la otra a un fuego abrasador que aniquila.

En opinión de algunos psicoanalistas, la vivencia subconsciente del unigénito o del primogénito que para nacer ha de abrirse paso a través de un camino oscuro; éste, desde la abrigada y tranquila piscina fetal, el agua del pozo con su brocal, llevará a la vorágine infernal del cráter incandescente de la vida. De ahí podría seguirse el pesimismo latente de Carmen Conde, que en el marido, que la abre al mundo maravilloso del amor, espiritual pero también humano según se dirá, y de la creación literaria, parece que sigue viendo al padre protector.

Veamos algo de esto en fragmentos primerizos de *Brocal* escritos entre 1927 y 1928: “Yo no te pregunto adónde me llevas. / Ni por qué. / Ni para qué. / ¿Tú quieres caminar?, pues yo te sigo.” Y asimismo de *Derramen su sangre las sombras*, fechado en 1983 pero que trae fragmentos escritos en 1933, con la esperanza, luego fallida, de la espera del hijo:

“HIJO. Casi no te esperaba. Ya no creía que vinieras. De lo único que he dudado en la vida es de mí. Por eso no te esperaba ...” (Es del 11 de junio.) “¿Cómo se va a llamar la niña? Porque era, acerté, una niña como yo esperaba.—La niña se llamará María del Mar.—¿María del Mar?—Sí, del Mar.”

“¡María del Mar y de la muerte se llamó la niña! Porque nació sin vida ... Como en una barca se fue a bordo de su nombre azul y anchísimo, más allá de mí.” (Es del 24 de octubre.)

[Aquí es patente el trasunto juanramoniano de la estampa LXXXI de *Platero y Yo*, aquella de “La niña chica: ... En los largos días en que la niña navegó en su cuna alba, río abajo, hacia la muerte ...”. (Edición del Centenario, dirigida por Ricardo Gullón (Madrid, 1982).]

Al marido le dedica en *Ansia de la gracia* (1945) ardientes frases, que luego reitera en varios fragmentos de *El Arcángel* (1967), algunos de ellos escritos en 1939, pero reeditados cuando ya ha fallecido Antonio Oliver. Veamos, del primer libro, los dos siguientes:

“AMOR — Ofrecimiento: Acércate. /
 Junto a la noche te espero. / Nádame.
 Fuentes profundas y frías / avivan mi corriente.
 Mira qué puras son mis charcas. / ¡Qué gozo el de mi yelo!”
 “Hallazgo: Desnuda y adherida a tu desnudez.
 Mis pechos como hielos recién cortados,
 en el agua plana de tu pecho.
 Mis hombros abiertos bajo tus hombros.
 Y tú, flotante en mi desnudez.

.....
 Navegaremos juntos, tú serás mi vela
 y yo te llevaré por mares escondidos.
 ¡Qué suprema efusión de geografías!”

Y más explícitos aún, si cabe, los del segundo:

“Transfiguración.—Caballo y ángel, arcángel ...
 Vivir así de cercada es ahogo divino para el espíritu.

.....
 — Tengo amor por él así que conocí su resuello.
 — Tiene amor por mí, que soy su par en las nubes.
 Se acerca el éxtasis. Mis ojos no ven paisaje terrenal.
 Ante mi alma comienza el sueño de su deslumbrante galope

— Yo sueño
 — Sueña, que cabalgaré tu noche.
 Procuraré a tu garganta el medallón del olvido,
 esfera que consume, ojos y bocas en acecho ...
 Y entonces se llega a mí, me besa,
 se adhiere a mi costado, latimos a concierto.”

[Los comentarios de Dámaso Alonso en *Pasión de Carmen Conde* de “Poetas españoles contemporáneos” (Ed. Gredos, Madrid, 1952) son tajantes: “Dudo que labios de mujer española hayan hablado del amor con tanta verdad, con tan despreocupada castidad, con tan sobrecogedora belleza.” Ese amor, espiritual y físico, se hace patente en el recuerdo de Antonio y en el título, inspirado como todo el poema en el Santo de Ontiveros, *La noche oscura del cuerpo*, publicado en Editorial Biblioteca Nueva (Madrid, 1980).]

Esa exultación, ese recuerdo inmarcesible, se prolongan por mucho tiempo, sin duda la han acompañado, con sus demás temores, de los que hablaré luego, a lo largo de una vida atormentada desde la niñez. Las vuelve a recoger en otro libro de 1975, *Corrosión* (Editorial Biblioteca Nueva, Madrid), en un poema claramente erótico, con un estribillo que es como su salmo responsorial, ya fechado el fragmento que cito el 15 de diciembre de 1969; el año anterior había muerto Antonio:

“— Pero yo no te tengo conmigo ya. / — Y yo no te tengo conmigo ya. / — Y tú no estás conmigo ya. / Y nunca estás conmigo ya. / Pero tú no estás conmigo ya.” Para terminar así:

“Yo todavía estoy aquí no sé cómo ni porqué,
 pues no habrás olvidado lo que te dije al empezar *Brocal*,
 al empezar a querernos,
 y pienso en la distancia y en la muerte
 y en la vida que se nos quedó entera
 porque no estás conmigo.”

.....

“No lo olvidaré nunca. Lo supimos juntos tú y yo.
Pero ahora yo estoy sola y sin ti.”

Y unas pocas pinceladas más, que dejan huellas indelebiles en la personalidad de Carmen Conde, en primer lugar el trauma de la guerra civil, luego la ternura hacia la infancia.

La guerra deshace una de sus grandes ilusiones, la aventura que ha emprendido con el marido para crear una “universidad popular” en su Cartagena natal. Han seguido en sus estatutos los pasos de la universidad segoviana de Antonio Machado. Se pierden los años de esfuerzo entre 1931 y 1936. Va a conocer la prisión, luego tardará en conseguir un pasaporte que la permita viajar al extranjero, de ahí que no haya tenido Carmen Conde muchos contactos con Hispanoamérica.

Pero en sus libros son constantes los gritos desgarrados frente a la tragedia bélica. Para muestra basta un botón. Del libro *En un mundo de fugitivos*, de Editorial Losada (Buenos Aires, 1960), pero con fragmentos que abarcan un amplio período, escritos desde 1939, se leen *verbi gratia* los versos siguientes:

“Las madres y las esposas / vestidas de muertos callan.
Tumbas y cárceles gimen / cerrándose a las palabras.”

Y dentro del mismo libro el áspero siguiente lamento:

“Réquiem amargo por los que pierden:

Son los de otra raza, fijaos: / los vencidos son hombres
de otra raza / en todas las naciones.”

“*Culpables, rencorosos, capaces del engaño;
capaces de traiciones, los torvos, resentidos ...*

.....

¡Qué raza ignominiosa, muchachos, son los hombres
que aplastan implacables los hombres que vencieron!”

(El subrayado de los versos anteriores es de la autora. Sin comentarios.)

Muchos años después, en un libro editado por Ed. Almadraba, *Del obligado dolor* (Madrid, 1984), sigue atormentada Carmen Conde por aquellos recuerdos de la lucha fratricida, y no obstante la fecha del libro el fragmento que se transcribe a continuación es del 3 de junio de 1983:

“Las noches aquellas (1939-1940)

.....

Allá está el cementerio ...”

Hay un aspecto de la psicología de esa gran sensible, de esa gran escritora, que un psicoanalista de escuela freudiana diagnosticaría como “complejo de Elektra”. Es la marca de su apasionado cariño por los niños y la ternura que, en mi sentir, trasciende a través del recuerdo del padre. ¿Y a quién sino al padre de los primeros pergeños de *Brocal*, no de 1929, sino de 1927-1928, van dedicadas estas líneas?:

“¿Por qué me has quitado tus manos, tanto y tan bien como acariciaban mi frente?”

Tras las pérdidas del padre y de la niña se exaltan sus sensibilidades hacia la infancia, pero también aumentan los temores, que la acompañan sin descanso, frente a la oscuridad, frente al sueño, frente a la muerte, el motivo-guía, el *leit motiv* del sueño-muerte y de la eternidad. Veámoslo brevemente:

“Temor a la imaginación:

Está la tarde tan gris ...,

madre mía tengo sueño,

— Hija, ¿por qué no te duermes?

Madre porque tengo miedo.

— ¿Tienes miedo de dormir?

De dormirme tengo miedo.
 — ¿Qué cosa temes del sueño?
 ¡Del sueño todo lo temo!”

Obtiene el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil de 1987 con un libro editado por ella misma, *Canciones de nana y desvelo*. De esa obra es el siguiente fragmento:

“*Desvelo de la madre:*

.....

Nadie te llama aquí, sueño.
 Yo no te he pedido nada.
 No quiero que te la lleves
 por tus aguas de esperanza.
 La tengo siempre despierta.
 La tengo bien desvelada.

.....

La quiero tener despierta
 por si el Señor la nombrara.”

Constante la obsesiva angustia del sueño-muerte, de las “aguas de esperanza”, la vida-eternidad, lo inmenso, como el mar, la “thalassa” helénica que era el océano sin límites, como el “thanatos” o muerte - eternidad. No olvidemos que a la hija llamó María del Mar y Carmen Conde usó como seudónimo ocasional en sus libros para niños el de Florentina del Mar.

Sus premoniciones pesimistas la acompañan hasta última hora, y así vemos en el libro *Desde nunca*, editado por Libros Río Nuevo (Barcelona, 1982), los siguientes pares:

“*Presentir:*

Estaré descalza cuando llegue ella,
 pisaré su allá con los pies desnudos.”

“*Monólogo*:

Dolorosa tarea es la de hablar
si en los ojos no hay lágrimas.”

Y algo más de la relación paterno-filial. En cierta ocasión me contó Carmen que con cinco o seis años oyó el antiguo cantar navideño nacido de la lírica popular:

“La Nochebuena se viene, la Nochebuena se va, y nosotros nos iremos y no volveremos más.”

La Carmen niña siente una congoja, apenas comprende que eso de irse y no volver es algo triste y aún recuerda, me dice, ya con cerca de ochenta años, como le atenazó la angustia, y aferrada al padre le pide que no la deje nunca. Luego ha contado ese mismo intenso dolor en alguna entrevista publicada en *ABC*.

Después de sus libros, de su obra, que ofrecía con morosidad, con cuentagotas, como señal inequívoca de su inseguridad interna —baste ver lo distanciado entre lo escrito y su publicación—, le alcanzó la hora que tantos ansían (¿ella también?) del ingreso en la Real Academia Española; ya lo hemos visto en sus notas más salientes. Su incorporación a la Academia alteró en poco el ritmo habitual de su vida, pero según me dijo renovó sus deseos de escribir y de vivir. En esa época nacen las obras últimas, cuyos títulos, tal como se ha dicho, son también dignos de un análisis psicológico: *El tiempo es un río lentísimo de fuego* (1978), *La noche oscura del cuerpo* (1980), *Desde nunca* (1982), *Derramen su sangre las sombras* (1983), *Del obligado dolor* (1984) y finalmente *Cráter*, con prólogo de Manuel Alvar (1985). Siempre en *ritornello* la lentitud y la finitud del tiempo, ese *necator-necatrix* de

momentos y de años, de horas y de días. El dolor, la sangre, las sombras y el cráter, sima inescrutable.

Llegaron luego los dos, tres o más años últimos, de huida, de incomunicación. Salvo a los muy íntimos, que la cuidaron con amor hasta su final, dejó de tratar a nadie, de acudir a la Academia, se vio arrastrada por la terrible enfermedad de la desmemoria, de la pérdida del propio yo; cuando la vi por última vez estaba ya engalanada con el postrero hábito de su tránsito final:

... Y nosotros nos iremos y no volveremos más ...

Permitidme, señores académicos, una última vivencia.

Llegué a la Academia cuando Carmen Conde ya no estaba físicamente entre nosotros, y fui a colgar el abrigo en mi lugar habitual; no pude reprimir un escalofrío cuando vi que mi nombre había saltado, en nuestras perchas exentas, de la número tres al último colgadero de la segunda, advirtió mi gesto un muy querido compañero y me preguntó:

— ¿Qué, te has dado cuenta?

Casi por señas respondí afirmativamente, no cabía más y sin palabras me hacía entender mejor de mi interlocutor. Por supuesto había ido advirtiendo ese lento ascenso del escalafón percheril, y casi desde mi ingreso, poco después, pude percibir muy bien que la inmortalidad que nos atribuye la fama es mera retórica.

El sueño, la oscuridad, los miedos de las bocas que abren la sima del brocal y del cráter sólo pueden quedar superados con el recuerdo, con la admiración y con la amistad. Carmen Conde ya no está ahora entre nosotros sino en la paz de su Nochebuena eterna.

Madrid - Navacerrada - Madrid, Semana Santa (abril) de 1996.

RAFAEL ALVARADO BALLESTER.